

Manuela Mesa (coord.)

Seguridad internacional y democracia: guerras, militarización y fronteras

Anuario 2016-2017

bat



cei*pa**z*



El papel de este libro es 100% reciclado, es decir, procede de la recuperación y el reciclaje del papel ya utilizado.

La fabricación y utilización de papel reciclado supone

el ahorro de energía, agua y madera, y una menor emisión de sustancias contaminantes a los ríos y la atmósfera. De manera especial, la utilización de papel reciclado evita la tala de árboles para producir papel.

Seguridad internacional y democracia:
guerras, militarización y fronteras.
Anuario CEIPAZ 2016-2017

Federico Mayor Zaragoza, José Antonio Sanahuja, Mark Ackerman,
Manuela Mesa, Francisco Javier Verdes-Montenegro, Caterina García,
Josep Ibáñez, Rosa Meneses, Ignacio Álvarez-Ossorio, Marc Saurina,
Xulio Ríos

© Federico Mayor Zaragoza, José Antonio Sanahuja, Mark Ackerman, Manuela Mesa,
Francisco Javier Verdes-Montenegro, Caterina García, Josep Ibáñez, Rosa Meneses,
Ignacio Álvarez-Ossorio, Marc Saurina, Xulio Ríos

De esta edición:

© CEIPAZ

Fundación Cultura de Paz
Ciudad Universitaria Cantoblanco
Pabellón C

Calle Einstein, 13. Bajo
28049 Madrid

Tel. 91497.37.01

info@ceipaz.org

<http://ceipaz.blogspot.com>

Edición de textos: CEIPAZ

Diseño: Alce Comunicación

Impresión: Perfil Gráfico

5ª edición: Mayo 2017

ISSN: 2174-3665

Depósito legal: M-16885-12

Sumario

Introducción	
<i>Manuela Mesa</i>	9

Tendencias internacionales

La ética del tiempo ante los retos globales	
<i>Federico Mayor Zaragoza</i>	19
Posglobalización y ascenso de la extrema derecha: crisis de hegemonía y riesgos sistémicos	
<i>José Antonio Sanahuja</i>	41
Guerras de frontera. Los fabricantes y vendedores de armas que se benefician de la tragedia de los refugiados en Europa	
<i>Mark Akkerman</i>	79
El tráfico de personas en el Triángulo Norte en Centroamérica: un negocio muy lucrativo	
<i>Manuela Mesa</i>	109
Los presupuestos militares en tiempos de crisis: el caso de España	
<i>Francisco Javier Verdes-Montenegro</i>	129

Perspectivas regionales

Populismo y nacionalismo: la política exterior estadounidense de la Administración Trump. Balance de 100 días de gobierno	
<i>Caterina García y Josep Ibáñez</i>	149
Seguridad en el Mediterráneo. Focos de tensión: terrorismo, guerra y crisis de refugiados	
<i>Rosa Meneses</i>	167
El impacto regional del conflicto sirio en Oriente Medio	
<i>Ignacio Álvarez Ossorio</i>	179
Turquía en el contexto actual: los desafíos para la democracia y su papel en la región	
<i>Marc Saurina</i>	197
China en sus relaciones con Estados Unidos	
<i>Xulio Ríos</i>	215

Relación de autores y autoras	233
-------------------------------------	-----

El impacto regional del conflicto sirio en Oriente Medio

Ignacio Álvarez-Ossorio

*Profesor de Estudios Árabes e Islámicos
Universidad de Alicante*



Las masivas movilizaciones populares en demanda de libertades y justicia social registradas en 2011 no sólo provocaron la caída de algunos de los regímenes más autoritarios del mundo árabe, sino que también afectaron a otros países periféricos que se vieron obligados a modificar sus políticas con el objeto de blindarse ante su onda expansiva. Para algunos países con aspiraciones hegemónicas, la Primavera Árabe representó una amenaza pero también una oportunidad para extender su influencia regional. Este fue el caso de Turquía, Arabia Saudí, Irán e, incluso, Qatar, que trataron de aprovechar la ola de descontento popular para obtener réditos políticos e intervenir en distinta medida en Túnez, Libia, Egipto, Bahréin, Yemen o Siria.

La multiplicidad de actores implicados en su desarrollo y la diversidad de intereses que defienden han agravado la guerra hasta llevarla a un punto de no retorno

La manifiesta debilidad estatal y el creciente vacío de poder allanaron el camino para la irrupción en Siria de las potencias regionales que no encontraron demasiada dificultad para establecer relaciones clientelares con los diferentes bandos en liza y para librar en territorio sirio una guerra por delegación (*war by proxy*) a través de actores interpuestos. Como era previsible esta intervención intensificó la violencia y acentuó el sectarismo al plantearse como un juego de suma cero (*zero sum game*) en el que sólo podría haber un ganador y un perdedor. Pronto se evidenció que el conflicto sirio había dejado de ser un enfrentamiento civil y se había convertido en una guerra regional con la presencia de tropas iraníes, libanesas, iraquíes, afganas y paquistaníes que combatían junto al régimen sirio y con la ayuda turca, saudí y qatari al bando rebelde.

La presencia de varios grupos de orientación yihadista –primero el Frente al-Nusra (ahora denominado Frente de la Conquista del Levante) y posteriormente el Estado Islámico en Irak y Siria (ISIS en sus siglas inglesas)– marcó el tránsito de la regionalización a la internacionalización de la guerra con la intervención de EEUU y Rusia, que entraron en el país con el pretexto de combatir a dichos grupos. Durante estos años de guerra, el presidente Bashar al-Asad ha recibido un decisivo apoyo por parte de Rusia, mientras que los grupos opositores y rebeldes han contado con un respaldo más bien tímido de EEUU, Francia y Reino Unido.

La multiplicidad de actores implicados en su desarrollo y la diversidad de intereses que defienden han agravado la guerra hasta llevarla a un punto de no retorno. La progresiva balcanización de Siria, dividida entre el régimen, los rebeldes, los yihadistas y los kurdos así parece demostrarlo. En la primavera de 2017, el régimen controlaba la denominada Siria útil: la franja costera mediterránea y el corredor urbano que va desde Suwaida en el sur hasta Alepo en el norte pasando por Damasco, Homs y Hama, lo que representa algo más de un tercio del territorio donde viven dos terceras partes de la población. El resto del país, en buena medida despoblado por la estrategia de tierra quemada adoptada por el régimen, incluye zonas rurales y desérticas que se reparten los diferentes grupos rebeldes y las facciones yihadistas. Los rebeldes dominan, en parte o en su totalidad, las provincias de Quneitra y Deraa en el sur y las de Idlib y, parcialmente, Hama y Alepo en el norte, manteniendo una presencia marginal en la campiña de Damasco y Homs. Las Unidades de Protección Popular kurdas (YPG), por su parte, extienden su autoridad por los tres cantones del Rojava: Afrin, Kobane y Yazira. Por último, el ISIS controla buena parte de la cuenca del Éufrates, aunque ha perdido el control de la estratégica frontera con Turquía y ha pasado de una posición claramente ofensiva a otra netamente defensiva.

Esta repartición de fuerzas indica que la guerra dista de haber finalizado y que el país corre el riesgo real de balcanizarse en el caso de que no se alcance una solución negociada que respete su integridad territorial. Mientras tanto, las conversaciones de paz desarrolladas en Ginebra y Astaná apenas han registrado avances, ya que tan sólo fueron capaces de implantar un precario alto el fuego en algunas partes del país. Las negociaciones han encallado en un escollo insalvable: el futuro de Bashar al-Asad. Su mantenimiento en el poder es vital para garantizar los intereses geoestratégicos de Irán y Rusia, sus dos principales aliados, pero es del todo inaceptable para los grupos opositores que lo consideran el principal responsable de la devastación de Siria.

Los errores de cálculo de Turquía

Turquía fue uno de los primeros países en intervenir en Siria y es probablemente el actor que ha pagado un precio más elevado por su involucración en dicho conflicto, debido a la llegada masiva de refugiados sirios a su territorio, a la intensificación del conflicto kurdo y a los atentados del ISIS contra el sector turístico, pero también a los choques con Rusia y EEUU en torno a la estrategia a seguir en Siria (Benli Altuninsik, 2016: 39).

Debe tenerse en cuenta que las relaciones bilaterales turco-sirias habían experimentado un importante empuje tras la llegada al poder del Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP) en 2002 y que ambos países habían ratificado, en 2007, un acuerdo de libre comercio que se había traducido en una considerable intensificación de los vínculos económicos en un momento especialmente delicado debido al aislamiento internacional sufrido por Siria tras el magnicidio de Rafiq al-Hariri. En 2010 los intercambios comerciales superaban ya los 2.500 millones de dólares y se habían puesto en marcha numerosos proyectos de cooperación en los ámbitos energético, tecnológico, científico, turístico y agrícola.

En la década pasada, la política exterior turca se guiaba por la doctrina de ‘cero problemas con los vecinos’ promovida por el ministro de Asuntos Exteriores, Ahmet Davutoglu, y basada en la necesidad de equilibrar las relaciones turcas con el entorno regional y diversificar sus alianzas para conseguir una mayor profundidad estratégica. Su máxima prioridad era reforzar los vínculos con los países del Oriente Medio, el Cáucaso y el Mediterráneo sur por medio del fortalecimiento de las relaciones políticas, diplomáticas, comerciales y culturales.

La Primavera Árabe y la consiguiente inestabilidad regional dieron al traste con esta aproximación. Cuando estalló la revolución siria, el gobierno turco presionó para que el régimen introdujera reformas que desactivaran las movilizaciones populares. Bashar al-Asad ignoró estas peticiones, lo que generó un profundo malestar en Ankara, acentuado por la llegada de miles de refugiados a medida que la estrategia de tierra quemada se extendía al conjunto de las zonas rebeldes. En respuesta, Damasco inició una escalada dialéctica en el curso de la cual acusó a Ankara de tratar de recuperar la influencia sobre sus antiguos dominios árabes por medio de una política exterior neo-otomana.

El propio primer ministro Recep Tayyeb Erdogan consideró que lo que ocurriera en Siria era un asunto que afectaba a la seguridad nacional turca. Como explicara el mandatario turco en una entrevista al diario qatari *al-Sharq*: “Para Turquía, Siria no es un país más, sino que es un vecino con el que compartimos 910 kilómetros de fronteras y con el que tenemos intereses compartidos que no pueden ignorarse... Sabemos muy bien que la estabilidad allí es una parte de nuestra seguridad nacional y tememos que la situación conduzca al estallido de una guerra civil entre alauíes y sunníes” (Al Sharq 2011, 13 de septiembre).

Para Turquía lo que suceda en Siria afecta a la seguridad nacional turca

A partir de julio de 2011, el gobierno turco ofreció cobijo a los líderes del Ejército Libre Sirio (ELS) y en agosto acogió el primer encuentro del Consejo Nacional Sirio (CNS), en el que los Hermanos Musulmanes contaron, gracias a las presiones turco-qataríes, con una nutrida representación. En septiembre Ankara interrumpió las relaciones diplomáticas con Damasco y en noviembre secundó el Plan de Acción planteado por la Liga Árabe que demandaba un diálogo nacional entre el régimen y la oposición, iniciativa que se saldó con un rotundo fracaso (Alvarez-Ossorio, 2013).

Desde entonces, el gobierno turco apostó todas sus cartas a un cambio político en Siria. Durante la segunda reunión del Grupo de Amigos de Siria, celebrada en Estambul el 1 de abril de 2012, Erdogan exigió “poner fin al baño de sangre”, reivindicó “el derecho de la población a defenderse” y recordó a la comunidad internacional su “obligación moral de actuar”. Esta activa implicación del gobierno turco mostró a las claras que todos los puentes entre Ankara y Damasco habían quedado definitivamente rotos. El incidente más grave entre ambos países llegó poco después, cuando un avión de combate turco que se había adentrado en territorio sirio fuera derribado por un misil el 22 de junio.

El ministro de Asuntos Exteriores Ahmet Davutoglu también jugó un importante papel en la Cumbre de Doha, celebrada entre el 8 y el 11 de noviembre de 2012, en la que se estableció la Coalición Nacional de las Fuerzas de la Revolución y la Oposición Siria (CNFROS), presidida inicialmente por Muaz al-Jatib, antiguo imán de la mezquita de los Omeyas. No obstante, los llamamientos de Ankara para que se establecieran zonas de exclusión aérea y se abriesen corredores humanitarios cayeron en saco roto, al igual que su intento de crear una zona colchón en la frontera para frenar la llegada de refugiados. Debe tenerse en cuenta que Turquía es el país que más sirios ha recibido desde el inicio de la crisis: 2.700.000, la mayor parte de ellos atendidos por el ACNUR, la Media Luna Turca y la Agencia Estatal AFAD.

El creciente respaldo turco a la oposición siria también pasó factura a las relaciones bilaterales con Irán e Irak, dos países que desde un primer momento se posicionaron a favor de Bashar al-Asad. Ante la peligrosa regionalización de conflicto sirio, Davutoglu advirtió, el 4 de enero de 2012, de la necesidad de evitar “una guerra fría sectaria” en un mensaje que no sólo iba dirigido hacia Irán. El ministro de Asuntos Exteriores turco manifestó: “No vamos a permitir una nueva guerra fría en nuestra región. No queremos una guerra sectaria. Queremos que todos los pueblos de la región se unan, sin importar la religión o la secta a la que pertenecen, para crear un nuevo Oriente Medio”. Por si no hubiera quedado suficientemente claro, el canciller añadió: “Algunos actores de la región pueden tratar de explotar y profundizar las tensiones sectarias para lograr sus propios fines y prefieren la polarización de los musulmanes en la zona”.

Estos llamamientos entraban en abierta contradicción con la propia política exterior turca encaminada a fortalecer a varios grupos de orientación islamista y con una agenda claramente sectaria, como el salafista Ahrar al-Sham o el propio Frente al-Nusra que, en primavera de 2015 establecieron una alianza gracias a la cual conquistaron la ciudad de Idlib. Este acontecimiento precipitó la intervención militar de Rusia en septiembre de ese mismo año con el objeto de evitar la llegada de los rebeldes a la franja costera, donde se ubicaba la base naval de Tartus, la única de la que dispone la flota rusa en el mar Mediterráneo.

En todo momento, Turquía ha supeditado su estrategia en Siria a dos objetivos: expulsar del poder a Bashar al-Asad e impedir que Rojava, el Kurdistán sirio, afiance su autonomía y se convierta en un santuario para el Partido de la Unión Democrática (PYD), al que tacha de terrorista por sus estrechos vínculos con el Partido de los Trabajadores Turcos (PKK). Para tratar de contrarrestar el creciente peso del PYD y

*Turquía ha
modificado
radicalmente sus
prioridades y se
ha mostrado a
favor de una
mayor
coordinación con
Moscú e Irán
en torno al futuro
de Siria*

su influencia sobre los tres cantones en los que se divide el Rojava (Yazira, Kobane y Efrin), Ankara decidió secundar, con la inestimable ayuda del líder kurdo iraquí Masud Barzani, la creación de un Consejo Nacional Kurdo (CNK) que, durante algún tiempo, contó con representación en el CNS. Este intento de debilitar al PYD resultó fallido, ya que dicho grupo ha salido reforzado debido a que se ha convertido en una pieza indispensable en el combate contra el ISIS. Tanto EEUU como Rusia le han redoblado su apoyo, ya que consideran que su fiabilidad en el terreno de batalla es mucho mayor que la de las facciones islamistas, poco proclives a embarcarse en una lucha contra el ISIS que les aparte de su verdadero objetivo: expulsar a al-Asad del poder.

La errática política turca no tardó en pasarle factura, puesto que el ISIS golpeó el territorio turco en una serie de atentados. Durante los primeros años del conflicto, las autoridades turcas toleraron la entrada de miles de yihadistas a través de sus porosas fronteras guiándose por la máxima del 'enemigo de mi enemigo es mi amigo', lo que a la larga ha tenido más costes que beneficios. El 20 de julio de 2015, el ISIS provocó una matanza en la localidad fronteriza de Kilis, de mayoría kurda, que costó la vida a 34 personas. Poco después, el 10 de octubre, dicho grupo perpetró el mayor atentado terrorista en la historia reciente turca al atacar una manifestación convocada por la Confederación de Sindicatos de Obreros Revolucionarios causando la muerte de un centenar de personas. El 28 de junio de 2016, tres yihadistas provocaron 41 muertos en el aeropuerto de Estambul, lo que tuvo un devastador efecto en el sector turístico. Desde entonces, el gobierno turco ha mantenido una política de tolerancia cero hacia el ISIS.

Mientras que EEUU ha decidido apostar por las Fuerzas de Defensa Sirias (FDS), cuya columna integral la componen las Unidades de Defensa Popular (YPG) kurdas, como aliado en la lucha contra el ISIS, Turquía ha redoblado sus esfuerzos para articular una respuesta puramente árabe y turcomana, concentrando su apoyo en el ESL, Ahrar al-Sham o las Brigadas Turcomanas Sirias. Con este movimiento no sólo pretende combatir a la formación yihadista, sino tratar de frenar el intento de las FDS de conectar los cantones kurdos de Efrin y Kobane, lo que les permitiría dominar toda la línea fronteriza sirio-turca. Ante esta eventualidad, el ejército turco lanzó en agosto de 2016 la operación Escudo del Éufrates gracias a la cual recuperó Yarabulus y asentó su presencia en las zonas de mayoría turcomana.

Desde la intentona golpista del 16 de julio de 2016, Turquía ha modificado radicalmente sus prioridades y se ha mostrado a favor de una mayor coordinación con Moscú e Irán en torno al futuro de Siria. Este giro supone un reconocimiento implícito de los errores de cálculo cometidos desde 2011, entre ellos que el régimen de Bashar al-Asad

se desmoronaría como un castillo de naipes, tal y como ocurriera con Ben Ali, Gadaffi y Mubarak, fruto de la presión interna o de una intervención occidental. Todo parece indicar que el principal quebradero de cabeza del gobierno turco ya no es el futuro de Bashar al-Asad, sino el creciente poderío de las YPG y su control de la zona fronteriza que, además, cuenta con el respaldo de EEUU y Rusia (Itani y Stein, 2016).

La sobreactuación de Qatar

Otro de los actores regionales que ha tenido un papel protagónico en la crisis siria es Qatar, uno de los países árabes menos poblados (con tan sólo 250.000 habitantes) pero el que cuenta con una mayor renta per cápita en el mundo (78.800 dólares en 2015) debido a que es el mayor exportador mundial de gas licuado. Tras la llegada al poder del emir Hamad Bin Jalifa al-Zani en 1995, el emirato adoptó una ambiciosa política exterior destinada a ganar peso específico en la región y escapar de la tutela de su poderoso vecino: Arabia Saudí, quien interpreta que Qatar y el resto de petromonarquías vecinas forman parte de su esfera de influencia tradicional (Steinberg, 2012).

Consciente de la vulnerabilidad del pequeño emirato, Hamad apostó por intensificar sus relaciones con EEUU, país con el que firmó un acuerdo de defensa y al que permitió establecer la estratégica base aérea de al-Udaid. Esta alianza no impidió que Qatar cultivase también las relaciones con Irán, con quien comparte la explotación de la mayor bolsa de gas mundial. Al mismo tiempo, el emirato patrocinó la creación en 1996 del canal panárabe Al-Jazeera, que pronto cobró protagonismo al abordar la problemática regional desde una perspectiva árabe y sortear la censura imperante en la mayor parte de los países de la región.

El alza de precio de los hidrocarburos permitió a los miembros del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) asumir un papel cada vez mayor a escala regional. Como advierte Abdullah Baabood, las petromonarquías del golfo Pérsico aprovecharon esta coyuntura favorable para “acumular más poder blando e inteligente gracias a su situación económica, financiera, mediática e internacional y para actuar más visiblemente dentro de la región de Oriente Medio y el Norte de África mediante la mediación, la ayuda económica y financiera, el aumento de las inversiones y la creciente influencia política” (Itani y Stein 2016). Qatar emprendió en la década pasada una frenética actividad diplomática de cara a mediar en algunos conflictos como los de Líbano, Sudán, Yemen y Palestina. Todo ello permitió al pequeño emirato salir del anonimato y convertirse en un influyente actor regional.

La irrupción de la Primavera Árabe obligó a buena parte de los países del Golfo Pérsico a revisar su política exterior. Las demandas populares de libertad, dignidad y justicia social representaban una evidente amenaza

La irrupción de la Primavera Árabe obligó a buena parte de los países del Golfo Pérsico a revisar su política exterior. Las demandas populares de libertad, dignidad y justicia social representaban una evidente amenaza. Ante esta situación, la mayoría de los integrantes del CCG adoptaron una serie de medidas a nivel doméstico encaminadas a garantizar la paz social, entre ellas el alza de salarios, el incremento de los subsidios, la oferta de empleos públicos, la construcción de viviendas y la inversión en sanidad y educación. En el plano exterior, los miembros del CCG asumieron una posición contrarrevolucionaria e intervencionista (Amirah Fernández y Fernández Gomez 2015: 13-22). De resultar exitosas las transiciones políticas, en muchos casos dirigidas por partidos islamistas como Ennahda en Túnez o los HHMM en Egipto, la población local podría exigir cambios de calado, entre ellos la introducción de una democracia efectiva y un sistema pluripartidista. Como afirma Baabood, “los Estados del CCG se encontraron rodeados por un islam político que podía cuestionar su legitimidad y socavar su tradicional sistema monárquico... Por ello, los países del CCG respaldaron la contrarrevolución mediante el apoyo a las fuerzas contrarrevolucionarias y a los militares para arrebatar el poder a los gobiernos electos” (Itani y Stein 2016).

Qatar fue una excepción, ya que pasó a la ofensiva intentando reforzar su posición intentando erigirse paradójicamente en paladín de las libertades y en avanzadilla contra del autoritarismo. El emir Hamad manifestó en una entrevista a *Al-Jazeera* en septiembre de 2011: “¿Qué es lo que convierte a la población en extremistas? El extremismo es el resultado de los gobiernos o líderes tiránicos y dictatoriales que no proveen a su pueblo de justicia ni seguridad. Esto es lo que convierte a la población en extremista. En cambio, si la población puede participar en el proceso político, estoy seguro que este extremismo se transformará en una vida civil y en una sociedad civilizada”. Estas declaraciones pasaban por alto que Qatar es precisamente uno de los países árabes más autoritarios y en el cual las libertades públicas se encuentran más perseguidas.

A partir de 2011, Qatar adoptó una política más intervencionista sirviéndose de sus buenas relaciones con los HHMM, formación que de la noche a la mañana se convirtió en la gran beneficiada de la caída de Ben Ali en Túnez, Mubarak en Egipto, Gaddafi en Libia y Saleh en Yemen. Esta apuesta por los HHMM generó no pocas tensiones con sus vecinos y, en particular, con Arabia Saudí e Irán. En realidad, esta alianza entre el emirato y la Hermandad no era novedosa. Desde hacía décadas, la cadena *Al-Jazeera* había proporcionado un privilegiado altavoz al clérigo egipcio Yusuf al-Qaradawi, conocido por su proximidad a los HHMM, quien desde su programa *al-sharí'a wa al-hayat* difundía sus postulados *urbi et orbi*.

En el caso de Libia, Qatar fue el primer país en exigir a la Liga Árabe el establecimiento de zonas de exclusión aéreas para evitar que el régimen bombardease a la población civil. Desde un primer momento armó a los grupos rebeldes que se atrincheraron en Bengassi y fue el primero en reconocer al Consejo Nacional de Transición. Tras la aprobación de la resolución 1973 por parte del Consejo de Seguridad, Qatar envió un contingente de seis aviones de combate para que velaran por su cumplimiento, aunque no intervinieron en los ataques lanzados por la OTAN. En todo momento, Qatar respaldó a las milicias próximas a los Hermanos Musulmanes libios, una organización que había sido sistemáticamente perseguida por el régimen y cuyos máximos dirigentes habían encontrado refugio en territorio qatari.

En Siria, Qatar adoptó un perfil bajo durante los primeros meses que modificó a medida que la represión se incrementaba. En julio de 2011 fue el primer país árabe en retirar a su embajador después de que la embajada qatari en Damasco fuera atacada y posteriormente exigió la imposición de sanciones al régimen sirio en la Liga Árabe. La militarización de la revuelta favoreció la entrada en escena de Qatar, que en un principio respaldó económicamente al ELS de Salim Idris y a las milicias próximas a los Hermanos Musulmanes como las Brigadas Faruq. Con posterioridad este apoyo se reconduciría hacia la formación salafista Ahrar al-Sham y la yihadista Frente al-Nusra, a la cual presionó activamente para que rompiera los lazos que le ataban a Al-Qaeda y cambiara de nombre, como finalmente hizo en julio de 2016 cuando pasó a denominarse el Frente de la Victoria del Levante.

Además de esta involucración militar, Qatar también promovió la unificación de las filas de la oposición a Bashar al-Asad y la creación de la CNFROS el 11 de noviembre de 2012 en Doha. Como ocurriera antes con el CNS, los HHMM se reservaron una cuota importante de poder en la nueva formación, que fue reconocida como representante legítima del pueblo sirio por el Consejo de Cooperación del Golfo, la Liga Árabe y el Grupo de Amigos de Siria (Alvaréz-Ossorio, 2012).

Muchos se preguntan por qué Qatar ha asumido un papel tan destacado en la crisis siria y algunos interpretan que la razón principal es que cometió, al igual que Turquía, un error de cálculo al interpretar que la caída de Bashar al-Asad era inminente y que la llegada al poder de los Hermanos Musulmanes les permitiría alcanzar un sueño largamente perseguido: la construcción de un gaseoducto desde el cual exportar su gas a Europa, lo que significaría un golpe de gran envergadura para la rusa Gazprom, que en la actualidad cubre el 25% de la demanda gasística europea.

En el caso de Arabia Saudí, la intervención en la guerra siria está estrechamente ligada a la necesidad de frenar la creciente influencia regional de Irán

Sea como fuere, esta sobreactuación de Qatar tras la Primavera Árabe parece haber tenido más costes que beneficios, ya que ha provocado un choque de trenes con las dos principales potencias regionales: Arabia Saudí e Irán, que además son sus vecinos. A pesar de los ingentes recursos que exigió su puesta en práctica, como señala Lina Khatib, “esta política exterior expansionista ha estado plagada de errores de cálculo, desafíos domésticos y de presión internacional... Como resultado de estos contratiempos, el papel regional de Qatar se ha reducido y en el futuro es probable que su influencia exterior se mantenga bajo la dirección de Arabia Saudí” (Khatif, 2014).

Efectivamente, el decidido apoyo prestado por Qatar a los HHMM en Egipto, Libia y Siria provocó el malestar de Arabia Saudí, que el 7 de marzo de 2014 había incluido a dicho grupo en su lista de organizaciones terroristas. En el momento álgido de estas tensiones, Arabia Saudí y otros países del Consejo de Cooperación del Golfo decidieron retirar a sus embajadores de Qatar y tan sólo retornaron cuando Doha se avino a replantear su política exterior y coordinarse con Riad. En el caso de Irán, las tiranteces estaban motivadas por el decidido respaldo qatarí a los grupos rebeldes que combaten contra Bashar al-Asad, incluidos varios de ellos que tienen una clara agenda sectaria como Ahrar al-Sham y el Frente al-Nusra y que han chocado sobre el terreno con las milicias chiíes regionales que Irán ha movilizado en defensa del régimen.

Las interferencias saudíes

En el caso de Arabia Saudí, la intervención en la guerra siria está estrechamente ligada a la necesidad de frenar la creciente influencia regional de Irán. Las intervenciones militares de EEUU en Oriente Medio tras los atentados del 11-S de 2001 tuvieron un alto coste para Arabia Saudí, ya que el derrocamiento de los talibanes en Afganistán y de Saddam Husein en Irak tuvo como principal beneficiario a Irán que vio desaparecer a dos de sus principales rivales regionales. Una eventual caída de Bashar al-Asad permitiría a Riad recuperar parte del territorio perdido y, de paso, cercenar la influencia iraní en la política libanesa a través del patronazgo que ejerce sobre Hezbollah.

La rivalidad irano-saudí no era novedosa, ya que ambos países habían mantenido una tensa relación desde la Revolución Islámica en 1979. Desde entonces, las relaciones bilaterales estuvieron condicionadas por el antagonismo religioso-ideológico y la competencia geo-estratégica, ya que, como apuntan Sandjadjpour y Ben Taleblu, “tanto Teherán como Riad se ven a sí mismos como los líderes naturales no sólo de Oriente Medio, sino también de todo el mundo musulmán”

(Sadjadpour y Ben Taleblu, 2015: 4). Esta nueva guerra fría regional no sólo se explica en términos sectarios, sino también estratégicos, por lo que presentar esta confrontación como una lucha entre sunníes y chiíes es una simplificación que nos impide comprender en toda su complejidad la rivalidad que enfrenta a estos dos países. Como advierte la politóloga Fatiha Dazi-Héni, “las actuales divisiones sectarias entre Arabia Saudí e Irán parecen estar mucho más relacionadas con el enfrentamiento geopolítico y el antagonismo ideológico en su búsqueda por el predominio en Oriente Medio, que con la religión” (Dazi-Héni 2013: 24). No debe pasarse por alto que, además del factor religioso, también existe una rivalidad étnica e ideológica entre ambos actores.

La Primavera Árabe tomó por sorpresa a Arabia Saudí que se conjuró para evitar que las movilizaciones populares alcanzaran el golfo Pérsico. Los Saud ofrecieron refugio al derrocado presidente tunecino Ben Ali e intentaron evitar sin éxito la caída de Mubarak, que durante su presidencia demostró ser un fiel aliado. El régimen saudí actuó de manera enérgica cuando los vientos revolucionarios se aproximaron a la península Arábiga, no dudando en intervenir militarmente en Bahréin para evitar la caída de la dinastía Jalifa y también en Yemen para golpear a las milicias huzíes que se hicieron con el poder en Sanaa tras la caída del presidente Abdallah Saleh.

El creciente intervencionismo de Irán en Oriente Medio fue respondido por Arabia Saudí con la intensificación del sectarismo tanto en el interior como en el exterior del reino. A escala doméstica, el régimen saudí acentuó sus políticas sectarias para “suprimir los llamamientos internos al cambio político, aislar a la minoría chií y retrasar la movilización islamista” (Rasheed, 2013), tal y como recalca la profesora Madawi Rasheed. El objetivo no sería otro que dividir a la población en términos sectarios y, en particular, subrayar la brecha confesional entre la mayoría sunní y la minoría chií. De hecho, los medios saudíes acusaron a los chiíes de ser una quintacolumna iraní que pretendía desestabilizar el reino.

En Siria, Arabia Saudí financió generosamente a los grupos rebeldes. En un primer momento, el grueso de la ayuda económica se dirigió al ELS, pero posteriormente se encaminó a los salafistas del Ejército del Islam, que reclamaba la implantación de la *sharía* y tenía un discurso claramente sectario. Debe recordarse que los grupos salafistas ejercen de contrapeso al ISIS, en el que combaten, según The Soufan Group, al menos 2.500 saudíes (The Soufan Group, 2015). Para disuadir el alistamiento de nacionales en las filas del ISIS, el 3 de febrero de 2014 se emitió un decreto real que castigaba con 20 años de prisión a quienes combatieran en conflictos en el exterior, pena que podría alcanzar los 30 años en el caso de unirse o financiar a organizaciones

terroristas. Esta decisión vendría motivada por las crecientes críticas del ISIS a la monarquía saudí, a la que considera ilegítima por su alianza con EEUU y su supuesta relajación religiosa.

Desde la entrada en el siglo XXI, Arabia Saudí ha fracasado una y otra vez a la hora de frenar a Irán e influir en la delimitación de la política exterior norteamericana hacia Oriente Medio evidenciando que el Pacto del Quincey parece estar viviendo sus últimos días. A pesar de todos sus intentos, Arabia Saudí no ha conseguido que EEUU asuma una posición más enérgica hacia Bashar al-Asad. Ni tan siquiera cuando el régimen sirio recurrió a sus armas químicas para gasear a su propia población, como ocurriera durante el bombardeo de la Guta en agosto de 2013, consiguió convencer a Barack Obama para que modificase su posición, a pesar de que el propio presidente la había considerado como una línea roja que desencadenaría una intervención militar norteamericana. Tan sólo la llegada de Donald Trump parece haber cambiado las tornas, como evidencia el ataque contra la base aérea de Shayrat en abril de 2017 tras un nuevo ataque con armas químicas contra la localidad de Jan Shaijun. No sólo eso, sino que el acuerdo del G5+1 con Irán para frenar su programa nuclear se saldó con la rehabilitación internacional de su máximo rival en la zona y con el levantamiento de las sanciones que le habían sido impuestas previamente.

*La repartición de
fuerzas sigue
inalterable, con
un Irán cada vez
más poderoso
que ha pasado a
la ofensiva y con
una Arabia Saudí
cada vez más
desconcertada
que se encuentra
a la defensiva*

Ante el creciente distanciamiento entre Riad y Washington, buena parte de las energías saudíes se han encaminado a tratar de establecer una vasta alianza sunní para frenar el avance regional del Irán chií. Tanto en el seno de la Conferencia Islámica como en la Liga Árabe se han sucedido las declaraciones que acusan a Irán de tratar de desestabilizar la región, pero más allá de este baldío ejercicio de retórica la repartición de fuerzas sigue inalterable, con un Irán cada más poderoso que ha pasado a la ofensiva y con una Arabia Saudí cada vez más desconcertada que se encuentra a la defensiva.

Irán: todo o nada

La alianza irano-siria se remonta a los años ochenta del pasado siglo y se cimenta no tanto en los valores compartidos por ambos países, sino más bien por la necesidad de defenderse ante unos enemigos comunes: EEUU, Israel y el Irak de Saddam Hussein (Gregori Gause III, 2014: 12). Tras el inicio de la revolución siria, Irán apostó todas sus cartas a favor de Bashar al-Asad, a quien considera su principal aliado estratégico y cuya supervivencia se ha convertido en un asunto de seguridad nacional. Siria representa, por lo tanto, una primera línea de defensa a la que, además, le une un pacto de defensa mutuo firmado el 16 de junio de 2006.

La renuencia de la Administración de Obama a involucrarse en el conflicto sirio después las desastrosas campañas militares en Afganistán e Irak abrió de par en par las puertas a Irán que, como Arabia Saudí, estaba particularmente interesada en establecer un cortafuegos en Siria para evitar que la Primavera Árabe alcanzase sus territorios, aunque para ello tuviera que sembrar la semilla del sectarismo en la región. A pesar de sus profundas diferencias, Teherán y Riad coincidían en la necesidad de hacer descarrilar las movilizaciones populares que, con sus llamamientos de libertad, dignidad y justicia social, representaban una amenaza sin precedentes para dos de los regímenes más autoritarios de Oriente Medio.

Tras el inicio de la revolución contra al-Asad, Irán intensificó su colaboración con el régimen sirio al interpretar que no sólo estaba en juego la supervivencia de su aliado, sino también la vía de aprovisionamiento a Hezbollah e, incluso, el futuro del Eje de la Resistencia frente a Israel. En opinión de la politóloga francesa Fatiha Dazi-Héni, “para Teherán, Siria es un frente importante en su conflicto geoestratégico con EEUU, es una guerra fría con Arabia Saudí y es una guerra contra los salafíes y los grupos asociados a al-Qaeda, cuyo odio por los chiíes es bien conocido. Teherán percibe el colapso del régimen de al-Asad como un movimiento adverso que podría terminar con Hezbollah y la República Islámica”(Dazi-Héni, 2013).

Con su activa implicación en la guerra siria, Irán buscaba preservar su esfera de influencia en Oriente Medio: un arco chií que va desde Irán hasta Líbano pasando por Irak y Siria. Estas son las razones por las que Irán ha prestado un activo respaldo político, económico y militar al régimen sirio, no dudando en movilizar también a las milicias de Hezbollah, que operan sobre todo en las áreas colindantes a la Beqaa, y a otras milicias chiíes iraquíes, afganas y paquistaníes dirigidas por la Guardia Republicana iraní.

Consciente de todo lo que se jugaba, Irán prestó un imprescindible respaldo político, económico y militar a Bashar, vital para mantenerle en el poder en un clima de creciente contestación interna. En los primeros seis años de guerra, Irán habría concedido al régimen sirio 6.600 millones de dólares en créditos, la mitad de ellos destinados a costear la compra de crudo. Esta alianza ha azuzado el sectarismo, ya que fue considerada por sus rivales regionales como una prueba de la existencia de una supuesta conspiración chií para dominar Oriente Medio, lo que generó una fuerte movilización de decenas de miles de yihadistas que acudieron a Siria a hacer su particular *yihad* contra un régimen al que tachan de apóstata por la confesión alaui de su presidente, pero también contra Irán, que se presenta como defensora de las minorías chiíes en el mundo árabe y las emplea como punta de lanza para justificar su política intervencionista.

*Tras seis años de
cruentos
combates en
Siria, el conflicto
ha experimen-
tado un brusco
viraje a favor de
Bashar al-Asad
gracias a la
intervención
militar rusa y al
decisivo apoyo de
Irán*

Irán ha aprovechado la irrupción en escena del ISIS, que tiene un discurso claramente sectario antichíi, para movilizar a sus peones regionales. Pese a que los grupos yihadistas sunníes han centrado la atención de los medios de comunicación, también han irrumpido una miríada de milicias yihadistas chiíes provenientes de los países del entorno. Hezbollah fue el primero en intervenir y, con posterioridad, lo hicieron diversos grupos procedentes de Irak, Afganistán y Pakistán (Smyth, 2015).

La implicación de Hezbollah en la guerra siria data de otoño de 2011, pero no fue hasta febrero de 2012 cuando intervino a cara descubierta en la ofensiva para recuperar la estratégica ciudad de Zabadani, entonces en manos del ELS. En junio de 2013 también tomó parte en la batalla de Qusair, que comunica Damasco con la franja mediterránea predominantemente alauí. En total se habla de que habrían intervenido unos 10.000 combatientes chiíes libaneses de los que al menos habrían muerto 1.500 de ellos. El jeque Nasrallah, máximo dirigente de Hezbollah, advertía en un discurso pronunciado el 25 de mayo de 2013 de los riesgos de la deriva yihadista que vivía Oriente Medio y de una supuesta conspiración urdida por “EEUU, Israel y los *takfiríes*” para controlar la región (The Daily Star, 2013).

Conforme las dificultades del régimen se intensificaban, Irán se vio obligado a desplegar a miles de efectivos bajo la dirección del general Qasem Suleimani, responsable de la Brigada al-Quds que opera en el exterior del país persa. El 30 de agosto de 2016 el periodo británico *The Daily Mail* publicó un documento secreto según el cual las fuerzas chiíes combatiendo en Siria sumarían unos 65.000 efectivos, distribuidos de la siguiente manera: 20.000 integrados en las milicias chiíes iraquíes, 16.000 provenientes de Irán, 15.000 de las milicias Fatemeyun de Afganistán, 10.000 pertenecientes a Hezbollah y otros 5.000 de Pakistán. Estas milicias chiíes tienen un discurso profundamente sectario. Su enemigo común son los yihadistas a los que se denomina como *takfiríes*, por su frecuente empleo de la excomunión contra los chiíes, a los que tachan de *rafi-dun* y sitúan fuera de la comunidad islámica. El ex primer ministro sirio Riad Hiyab llegó a denunciar en un programa de televisión árabe que “Siria está ocupada por el régimen iraní. La persona que dirige el país no es Bashar al-Asad, sino Qasem Suleimani” (*Al-Arabiyya*, 2013).

¿Un protectorado ruso-iraní sobre Siria?

Aunque la guerra no haya terminado, parece evidente que a partir de 2017 ha entrado en una nueva fase. Tras seis años de cruentos combates que han devastado buena parte del país y fracturado a su sociedad, el conflicto sirio ha experimentado un brusco viraje a favor de Bashar al-Asad gracias a la intervención militar rusa y al decisivo apoyo de Irán. La captura de los barrios orientales de Aleppo ha marcado un punto de inflexión en la guerra y ha obligado a los grupos rebeldes a replegarse a sus feudos de Idlib en el norte y Deraa en el sur, donde ahora esperan la arremetida final del régimen y sus aliados.

Aprovechando la nueva coyuntura, Rusia ha patrocinado las negociaciones de Astaná que han logrado imponer un alto el fuego en algunas zonas del país. También ha asumido el protagonismo en Ginebra, donde se debate la mejor manera de aplicar un plan de transición que ponga fin a la guerra. El enviado de la ONU Stafan de Mistura ha puesto sobre la mesa un plan basado en las denominadas ‘tres cestas’: la formación de un gobierno de unidad, la redacción de una nueva Constitución y la celebración de elecciones legislativas y presidenciales.

El principal beneficiado del nuevo clima de entendimiento entre Rusia y EEUU podría ser Bashar al-Asad. La posibilidad de que pueda mantenerse en el poder es cada día mayor, ya que Trump y Putin han establecido como prioridad el combate contra las formaciones yihadistas, lo que implica una aceptación implícita de la narrativa del régimen en torno a que nunca hubo una revolución popular en demanda de libertades sino una insurrección armada capitaneada por los grupos islamistas. Es del todo improbable que, a estas alturas, Rusia e Irán vayan a ofrecer la cabeza de al-Asad en bandeja de plata por muchas que sean las contraprestaciones que reciban a cambio, sobre todo si tenemos en cuenta que ambos países ya dan por ganada la guerra y están inmersos en una carrera para repartirse el botín. No es ningún secreto que Moscú y Teherán pretenden dividir el territorio sirio en zonas de influencia para garantizar que sus intereses sean preservados. De esta manera obtendrían la tan merecida recompensa a sus denodados esfuerzos para impedir la caída de al-Asad.

En enero de 2017, Rusia firmó un convenio con el gobierno sirio por el cual se garantizaba el control de la base naval en Tartus, la única de la que dispone su flota en el mar Mediterráneo, durante los próximos 49 años. También ha aprovechado la situación para construir la base aérea de Humaimim en Latakia. Además, ha conseguido que los militares rusos desplegados en el país dispongan de privilegios similares a los que tuvieron los efectivos americanos en Irak, como una plena inmunidad ante la jurisdicción civil local. Debe recordarse que en

diciembre de 2013 la compañía rusa Soyuzneftegaz firmó un jugoso contrato de 25 años de duración para explotar las reservas petroleras y gasísticas detectadas en la costa siria, que según diferentes sondeos podría albergar una de las mayores bolsas de gas del mundo.

Irán, por su parte, confía en obtener también una parte del pastel acorde al apoyo prestado, que no sólo se limita al envío de un ejército de 65.000 combatientes chiíes iraníes, libaneses, iraquíes, paquistaníes y afganos (y, por lo tanto, mayor del movilizado por el propio ISIS). Entre los contratos firmados hasta el momento está una nueva línea de telefonía móvil otorgada a una compañía iraní ligada a la Guardia Revolucionaria, que destinará una parte de sus beneficios a un fondo de ayuda a los miles de combatientes chiíes que han perdido la vida en la guerra. Asimismo, Irán pretende explotar las ricas minas de fosfatos situadas en las proximidades de Palmira durante un periodo de 99 años y establecer un puerto en el Mediterráneo, probablemente en Banias, desde el cual exportar el petróleo iraní a través de un oleoducto de 1.500 kilómetros que atravesaría Irak y Siria, cuyos regímenes se encuentran bajo tutela iraní. La eventual construcción de dicho oleoducto representaría un golpe sin precedentes para Arabia Saudí, su principal rival regional, ya que afianzaría el arco chií que va desde Teherán a Beirut y permitiría a Irán exportar su petróleo a la Unión Europea en condiciones sumamente ventajosas. En el aire quedan los sustanciosos contratos para la reconstrucción del país, que también aspiran obtener importantes compañías de infraestructuras iraníes. No hace falta recordar que la creación de dichas zonas de influencia y la consiguiente repartición del botín sirio entre Rusia e Irán está directamente ligada al mantenimiento de Bashar Al-Asad en el poder.

Artículo finalizado en abril de 2017

Referencias bibliográficas

Al-Arabiyya (2013), 11 de febrero.

Al-Sharq (2011), 13 de septiembre.

Álvarez-Ossorio, Ignacio (2012), "Le Conseil National Syrien: genèse, développement et défis", *Maghreb Machrek*, nº 213, Automne.

Álvarez-Ossorio, Ignacio (2013), "La vecindad conflictiva de Turquía y Siria", *Política Exterior*, nº 151, enero-febrero.

Amirah Fernández, Haizam y Fernández Gómez, Mercedes (2015) "El Golfo y su creciente intervencionismo en Oriente Medio", *Economía Exterior*, nº 71, invierno 2014-2015, pp. 13-22.

Benli Altuninsik, Maliha (2016), "The Inflexibility of Turkey's Policy in Syria", *IEMed Mediterranean. Yearbook*.

Dazi-Héni, F. (2013) "Arabia Saudí contra Irán: un equilibrio regional de poder", *Awraq*, nº 8.

Gregory Gausse III, F. (2014), "Beyond Sectarianism: The New Middle East Cold War", *Brookings Doha Center Analysis Paper*, N. 11, July.

Itani, Faysal y Stein, Aaron (2016), "Turkey's Syria Predicament", Rafik Hariri Center for the Middle East- Atlantic Council, May

Khatib, Lina (2014), "Qatar and the Recalibration of Power in the Gulf", Carnegie Middle East Center, 11 de septiembre. Disponible en: http://carnegieendowment.org/files/CMEC46_Brief-Lina-Qatar.pdf

Rasheed, Madawi (2013), "Saudi Arabia's Domestic Sectarian Politics", *Norwegian Peacebuilding Resource Centre Policy Brief*, August

Sadjadpour, Karim y Ben Taleblu, Behnam (2015), "Iran in the Middle East: Leveraging Chaos", FRIDE Policy Brief, Nº 202, mayo.

Steinberg, Guido (2012), "Qatar and the Arab Spring", SWP Comments, nº 7: February. Disponible en: https://www.swp-berlin.org/fileadmin/contents/products/comments/2012C07_sbg.pdf

The Daily Star, 26 de mayo de 2013.

The Soufan Group (2015), *Foreign Fighters: An Updated Assessment of the Flow of Foreign Fighters into Syria and Iraq*, December, 7. Disponible en: http://soufangroup.com/wp-content/uploads/2015/12/TSG_ForeignFightersUpdate3.pdf

Smyth, Phillipe (2015), *The Shiite Jihad in Syria and Its Regional Effects*, The Washington Institute for Near East Policy.